

*Al astronauta de José y Pi, que nacerá por las mismas fechas que este libro.*



## Personajes

*(Por orden de aparición.)*

ANCIANO

DIRECTORA

LOBO

CAPERUCITA

GUARDIA

ABUELITA

PRÍNCIPE

BLANCANIEVES

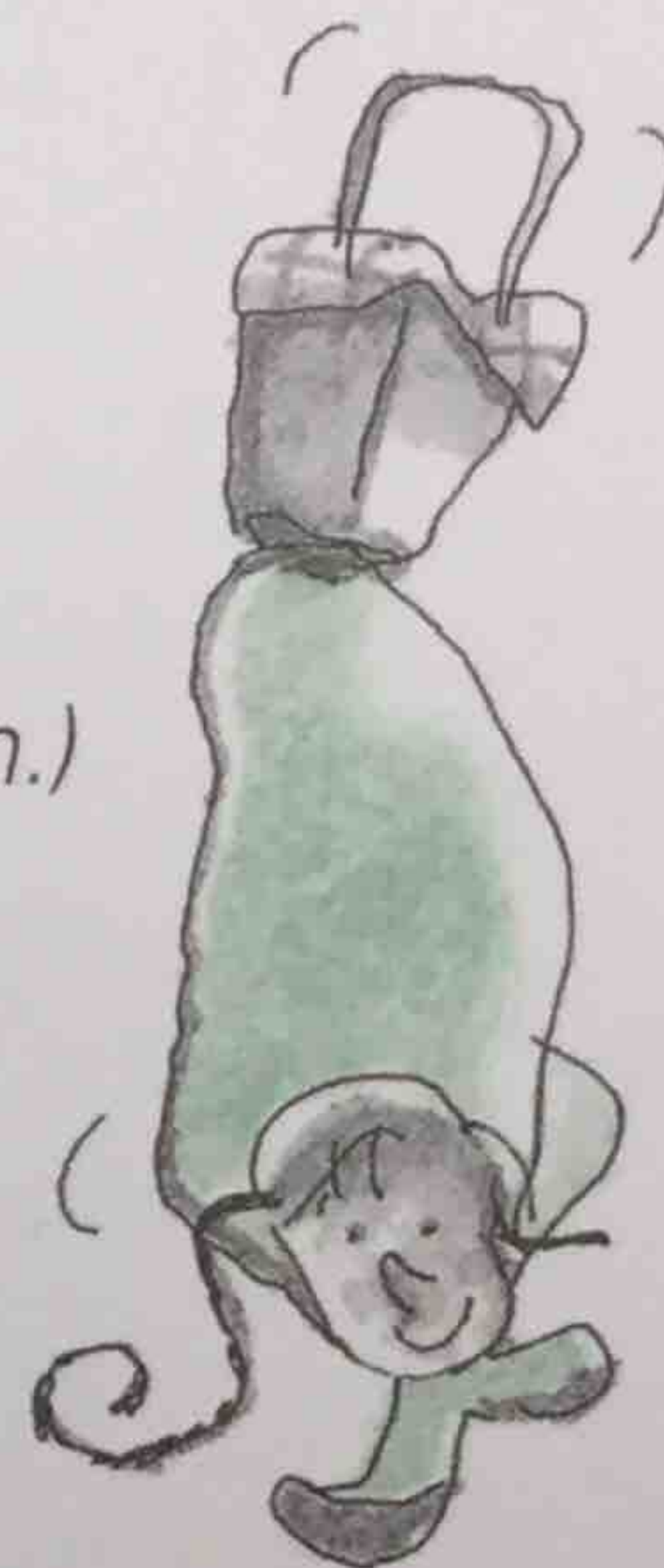
GATO CON BOTAS

FRANKIE

CERDO

CENICIENTA

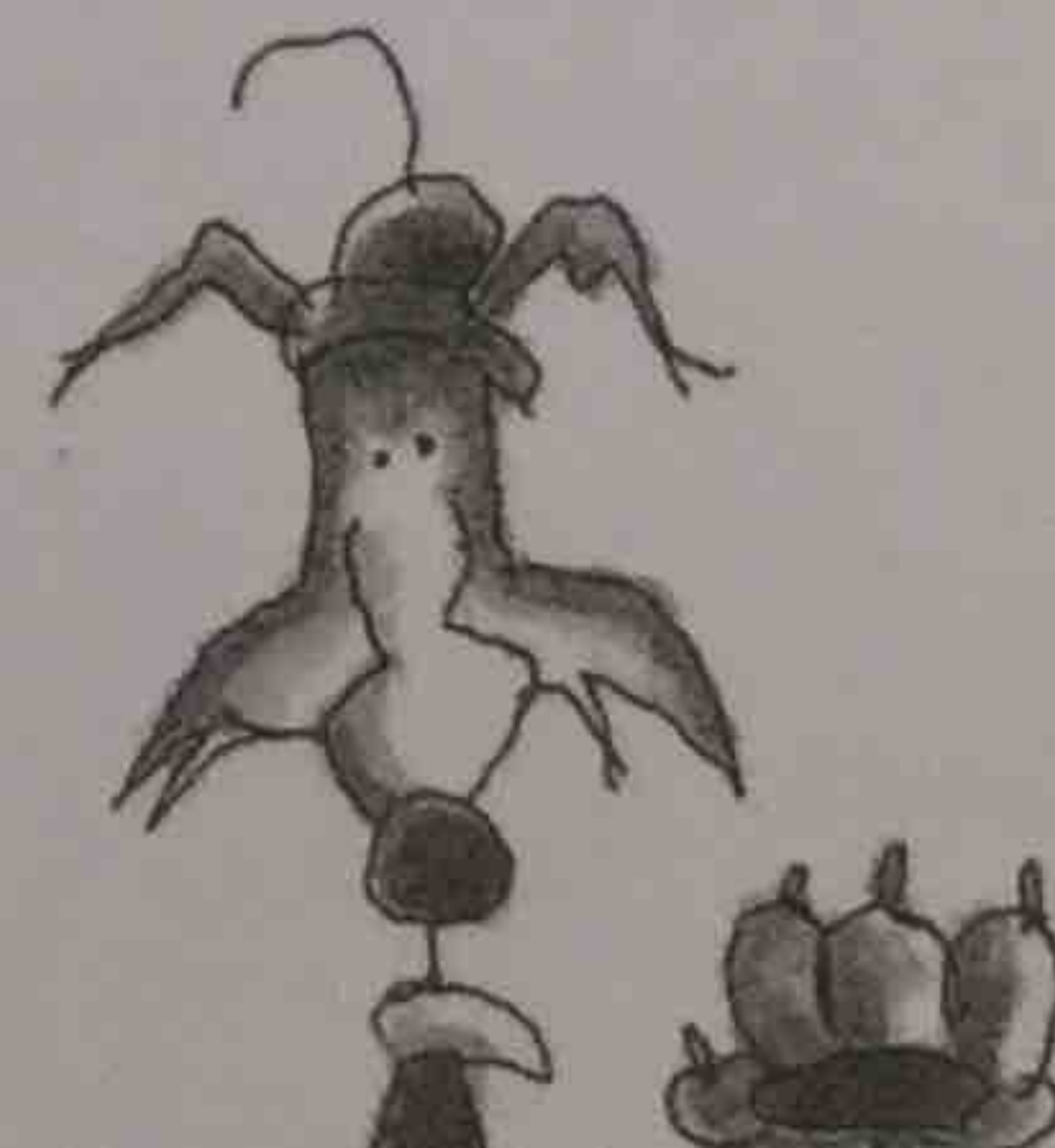
DRÁCULA



### AGRADECIMIENTOS:

A José Cañada, María Costa, Francesc Santamaría y Teresa Vicedo, que, en cierta manera, impulsaron el nacimiento de esta obra.

A Marina Morant, que con su ausencia fallera hizo posible que la acabara.



## Prólogo



*(El viejo narrador cruza el escenario y se detiene en medio. La iluminación es pobre y cálida. El anciano mira al público, haciéndose visera con la mano. Más que ver a los espectadores, los adivina, y se dirige a ellos. Habla pausadamente, en un tono cautivador. Sostiene entre sus manos un grueso libro donde están guardados todos los cuentos.)*

ANCIANO.—¡Ah, estáis ahí! ¡Bienvenidos!  
Me hallo aquí para contaros las historias más hermosas que jamás se hayan escrito. *(Acaricia el libro con mucha delicadeza.)* Todas comienzan con palabras mágicas que abren las puertas de la fantasía: «Érase una vez...», «Cuentan que hace siglos...», «En un tiempo lejano, cuando los animales hablaban...». *(Pausa.)* Muchas tienen lugar en bosques misteriosos o en países de fábula, y tratan de un lobo y una niña que llevaba una caperucita roja, y de tres cerditos cuyas personalidades eran muy diferentes, y de un gato muy despierto que con solo un par de botas y un saco consiguió fama y fortuna para su amo, y de una chica, la más bella que os podáis imaginar, que fue envenenada por su envidiosa madrastra con una manzana, y de otra cuyos pies eran tan diminutos que solo a ella le cupo el zapato de cristal, y... *(Entra una joven vestida con desenfado y le interrumpe.)*

DIRECTORA.—... Y ya vale... Esas historias ya nos las sabemos *(dice con tono de fastidio)*.

ANCIANO.—Y tú, ¿quién eres?

DIRECTORA.—Soy la directora de «Tele ¡Clic!» y nosotros hemos realizado una versión de esos personajes tan clásicos y conocidos adaptada a los tiempos modernos. Pero venga, venga conmigo y le enseñaré lo que hemos hecho.

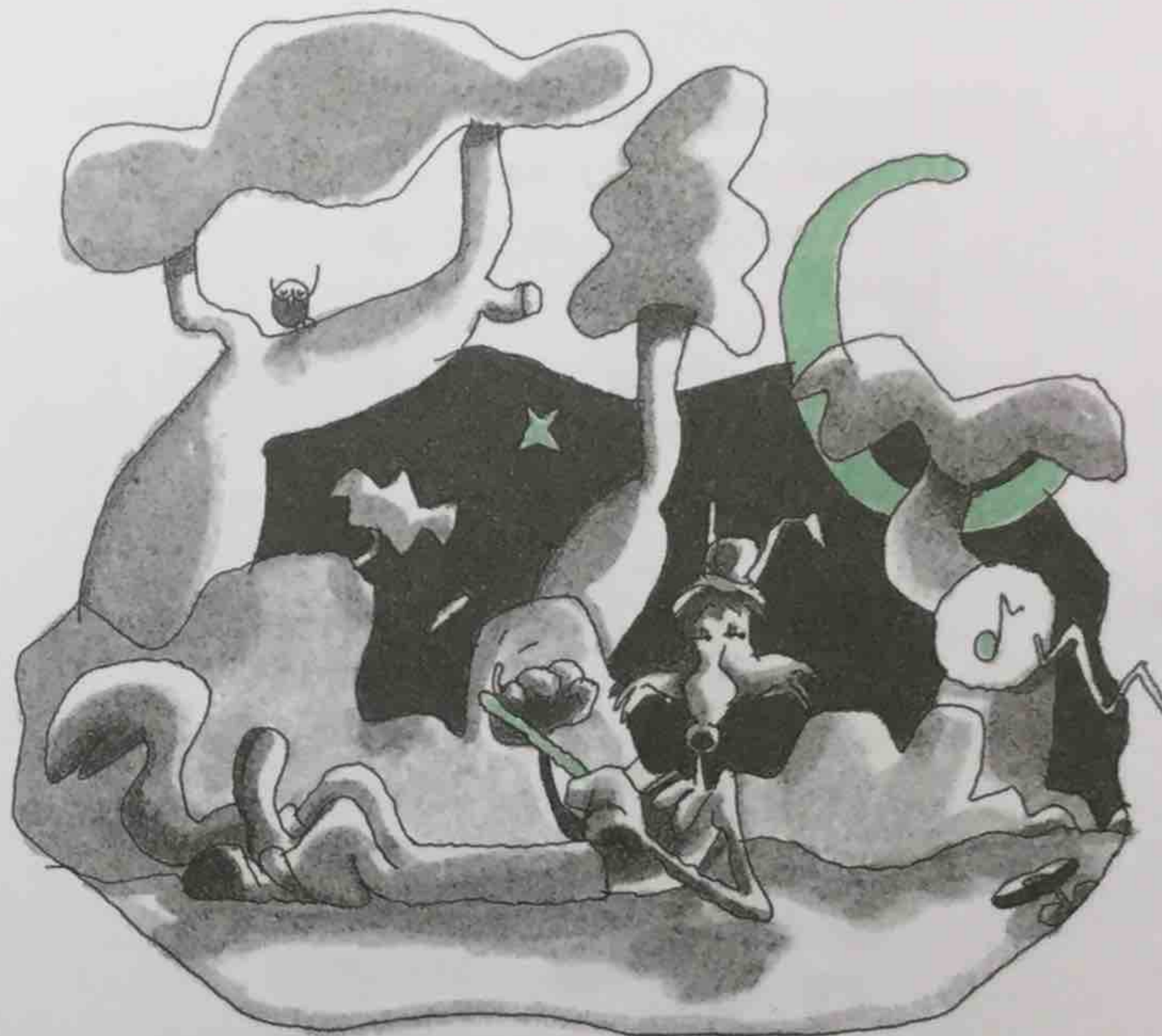
*(Salen de escena, se oscurece el escenario y comienza la acción.)*



## Acto único .

### Escena I

*(El escenario está a oscuras, se oye una máquina de afilar, vemos cómo aparece la luna y al mismo tiempo se ilumina la escena. En el centro del bosque, el lobo está afilando sus terribles zarpas metálicas, lo que provoca una lluvia de chispas. Se mira y remira las uñas, y después se las repasa con una lima. En ese momento, a lo lejos, comienza a escucharse una canción. Se oye cada vez más cerca.)*



OFF.—Tú lo que quieres es  
que me coma el tigre,  
que me coma el tigre,  
mi carne es morenaaaa...  
Tú lo que quieres es  
que me coma el tigre,  
que me coma el tigre,  
mi carne está buenaaaa...

LOBO.—(*Escucha con atención y mira el reloj, nervioso.*) ¡Ya está aquí!  
¡Qué puntual!

(*Lo recoge todo y se esconde entre los árboles. Entra Caperucita cantando y bailando con paso*

*saltarín. De repente aparece el lobo, simulando un encuentro casual y sosteniendo entre los dientes, distraídamente, una ramita de tomillo.*)



LOBO.—¡Ah! ¡Hola, Caperucita! ¿Cómo tú por aquí?

CAPERUCITA.—¡Yo por aquí, tú por este «lao» y en el mar ruge el bakalao! (*Sigue caminando alrededor del lobo.*)



LOBO.—¡Qué poética estás hoy...!  
¿Se puede saber adónde vas?

CAPERUCITA.—(*Se para, con cara de fastidio.*) ¡Qué pesado! ¡A ver si te lo aprendes de una vez! Todos los días la misma pregunta... ¿Pues adónde voy a ir? ¡A casa de la abuelita, a llevarle unas cositas! (*dice con retintín.*)

LOBO.—¡Ah... sí, sí...! ¡Je, je, je...! Es que soy un poquito despistado, ¿sabes? Y... ¿qué llevas en esa cestita?

CAPERUCITA.—¡Y dale, cabezón! Llevo lo mismo de siempre: unas longanizas, morcillas, unos cuantos ajos tiernos y... eso.

LOBO.—*(Intrigado.)* ¿Eso...? ¿Qué es eso?

CAPERUCITA.—*(Pícaro.)* Acércate y lo verás.

*(El lobo se acerca y agacha la cabeza, momento que Caperucita aprovecha para sacar uno de esos martillos de feria y asestarle tres o cuatro golpes. El lobo cae a tierra espectacularmente: ¡TOING! ¡TOING! ¡TOING!)*

CAPERUCITA.—«Eso» es una cosita para mi defensa personal, que no están los tiempos como para ir sola e indefensa por el bosque. ¿No creéis? *(al público)*.



(Un guardia aparece de un salto por detrás de un árbol, con una libreta y un bolígrafo en la mano.)

GUARDIA.—¡Ajá! ¡Por fin te pillé, Caperucita! ¡Y con las manos en la maza!

CAPERUCITA.—Es un martillo.

GUARDIA.—Me da igual; pertenece a la misma familia de objetos contundentes, y estabas utilizándolo con (*apunta muy rápida y exageradamente*) nocturnidad, alevosía y reiteración sobre una especie protegida, un auténtico *canis lupus*.

CAPERUCITA.—¿Especie protegida esto? ¿Este trasto? ¡Pero si es peor que un dolor de muelas!

GUARDIA.—(*Apuntando en la libreta.*) ¡Ajá!, y además con el agravante de escarnio, burla e insulto.

LOBO.—(*Incorporándose, medio mareado.*)  
Eso, señor guardia... ¡Póngale todos los agravantes que pueda a esta salvaje!

GUARDIA.—Usted cálese, que yo me apaño muy bien solito. Pero, pero... ¡qué veo! (*Le quita el tomillo de la boca.*) ¡Hombre, mira qué bien!, arrancando del bosque el tomillo, que se encuentra bajo una protección superespecial... ¡Se le va a caer el rabo, señor lobo! Mira por dónde, dos pájaros del mismo tiro. ¡A ver, las manos!



*(Los dos extienden las manos y el guardia se las ata con la ristra de morcillas que lleva Caperucita.) Y esto lo tiraremos, no vaya a ser que a la señorita le entren ganas de cascar almendras otra vez. (Tira el martillo en medio del escenario.) ¡Venga! ¡Adelante, adelante! (Salen de escena y enseguida aparece la abuelita por el otro lado, gritando.)*

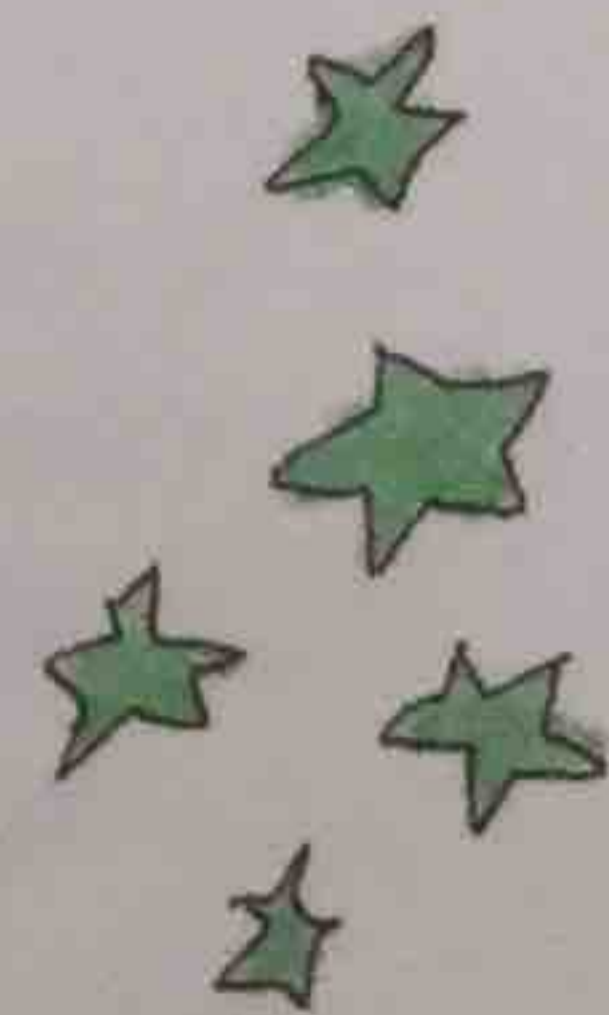


ABUELITA.—¡Eh, eheheee!  
Pero esto, esto...  
¡Esto es una vergüenza!  
¿Y a mí, a mí... a mí quién me come entonces, eh? *(Se vuelve hacia el público.)* Pero no me contestéis ahora...  
¡Hacedlo después de la publicidad!

*(Sale corriendo hacia el lado por el que han desaparecido todos y se oscurece la escena. Aparece la publicidad.)*

## Anuncio 1 «Blanconieve»

*(Se escucha, aún a oscuras, una música de trompetas y clarines, muy barroca y principesca. El cañón de luz ilumina a un príncipe que entra corriendo con una litera en la que transporta a Blancanieves dormida. Llega al centro del escenario y pretende despistar al foco hasta que, finalmente, se queda quieto y el cañón de luz lo ilumina.)*





PRÍNCIPE.—El día que encontré a Blancanieves en el bosque y la besé con ternura... *(pestañea repetidamente y junta los labios, como si quisiera besar el aire; oímos un beso increíblemente fuerte)*..., una tos repentina y... escupió el trozo de manzana (un poco pasado, todo hay que decirlo...). Escupió, digo, el trozo de manzana que tenía en la garganta, con tan mala fortuna que fue a caerle justo en medio de su vestido, dejándole una horrible mancha.

*(Blancanieves, mientras el príncipe lo cuenta, representa la acción de ser besada, tose, carraspea, escupe el trozo de manzana y se incorpora de la litera horrorizada, mostrando la enorme mancha entre marrón y verdosa que luce en su vestido.)*



BLANCANIEVES.—*(Muy exagerada y teatral.)* Pero, pero... ¿qué puedo hacer, oh príncipe mío? ¿Cómo voy a presentarme así ante la corte?



PRÍNCIPE.—Primero habrás de presentarte a mí y darme las gracias, ¿no?

BLANCANIEVES.—*(Le da la mano muy formalmente.)* Hola, yo soy Blancanieves, tú eres el príncipe y vamos a casarnos. Muchas gracias por haberme salvado. ¿Contento...?

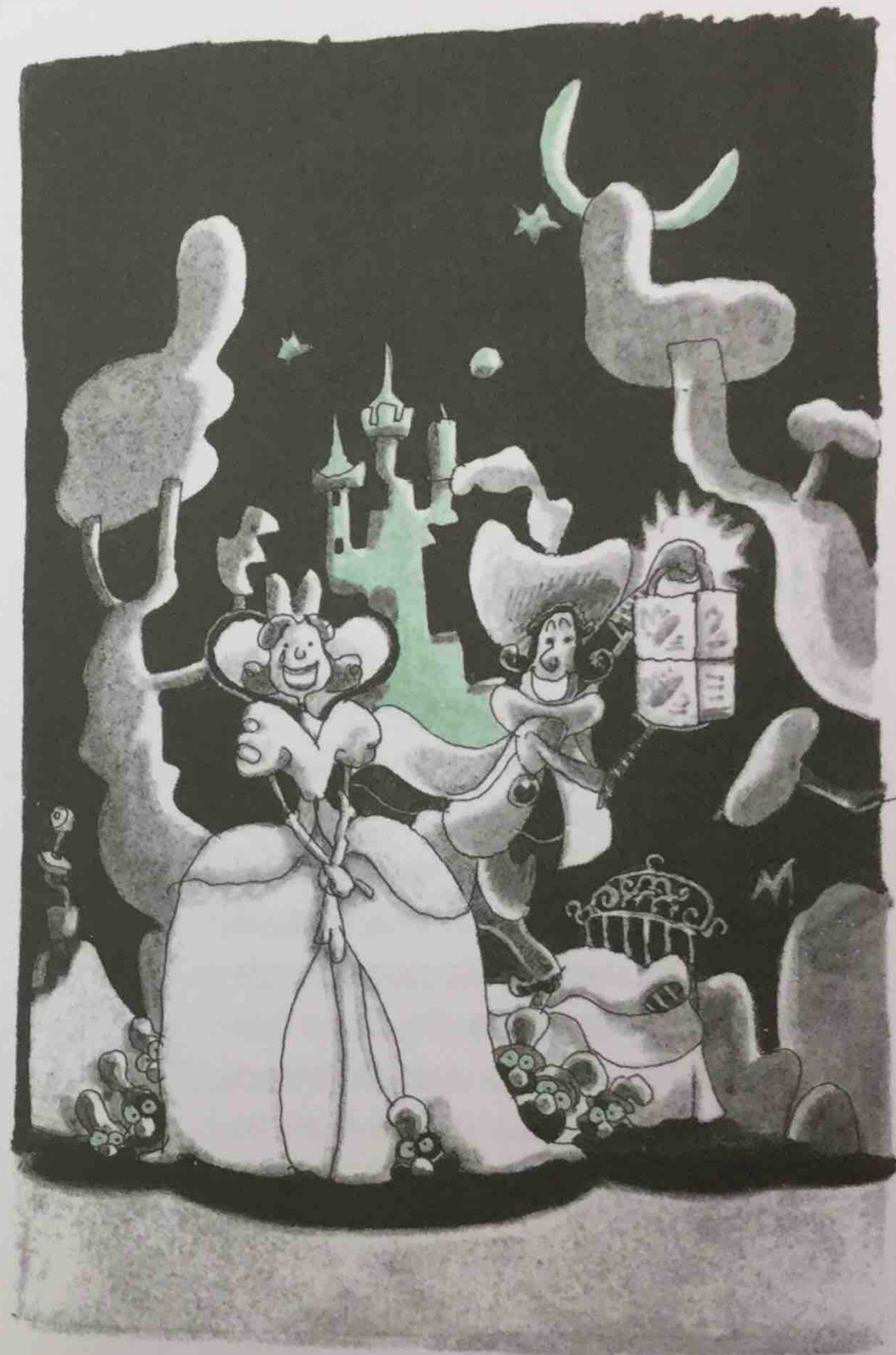
PRÍNCIPE.—Sí..., creo... *(Un poco sorprendido.)*

BLANCANIEVES.—Y ahora, vayamos al grano.  
¿Cómo vas a presentarme así a tu madre?

PRÍNCIPE.—¡Recontramarquesas! ¡Tienes razón! ¡Si mi madre te viera así, no nos casaríamos en la vida! ¡Menuda es ella para las manchas!

BLANCANIEVES.—¡Hay que fastidiarse con la aristocracia! ¡Qué desastre! ¡Siempre me pasa lo mismo! Ya estoy como cuando, el día anterior a mi primera comunión, me tiré un tazón de chocolate por encima del vestido. ¡Ahhgggg! ¡Me arrancarían las cejas pelo a pelo!

PRÍNCIPE.—A ver, a ver, a ver...  
¿Que te tiraste el chocolate por encima del vestido el día anterior a tu primera comunión?



BLANCANIEVES.—*(Enrabiada.)* ¡Síiiii!

PRÍNCIPE.—¿Y cómo lo solucionasteis?

BLANCANIEVES.—¡Ostras! *(Dándose cuenta de algo.)* ¡Pues claro! ¡Con «Blanconieve»! Si casualmente debo de tener un poco por aquí... *(Saca un tambor de «Blanconieve» que estaba colgado de la litera.)*

PRÍNCIPE.—*(Meloso y al público.)*  
«Blanconieve», la solución a los problemas de las manchas. «Blanconieve» es acrílico, respetuoso con el medio ambiente, lavable, no se nota nada y quita las manchas que es una maravilla. Michael Jackson se pega un par de pasaditas cada día. *(Dice eso mientras le pega unos brochazos a Blancanieves y tapa la mancha.)*

BLANCANIEVES.—Compre «Blanconieve» y... ¡a triunfar!



## Escena II

*(Seguimos en el bosque. Caperucita, el lobo y el guardia entran en escena por la parte contraria a la que habían salido antes. Caminan cansados.)*

GUARDIA.—¡Vamos, que ya tiene que faltar poco para salir de aquí! *(¡PLOM!* Tropezó con el martillo que había tirado antes y que aún está en el suelo.) Pero, pero... ¿qué es esto?

CAPERUCITA Y EL LOBO.—*(Girándose al unísono y burlándose del guardia.)*  
El martillo.

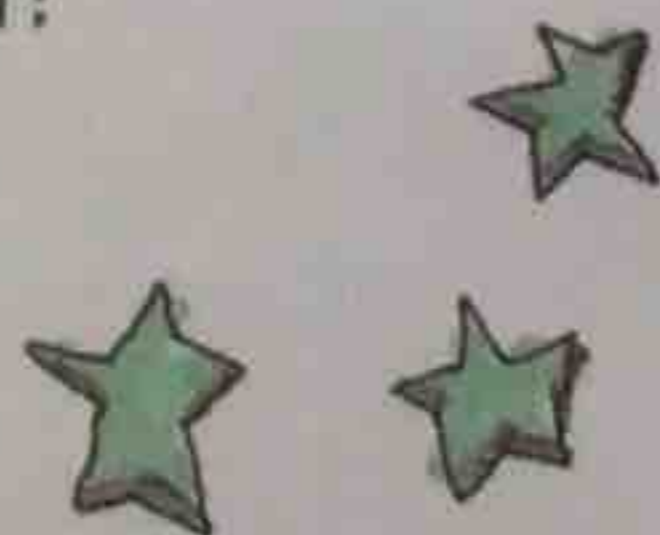
GUARDIA.—(*Mosqueado.*) ¡Ja, ja y ja!  
Ya sé que es el martillo, pero...  
¿por qué está aquí?

CAPERUCITA.—Está ahí porque usted  
lo ha tirado, que yo bien que quería  
llevármelo. A un martillo siempre  
se le puede sacar partido... ¿eh, lobito?

*(El lobo la mira, se rasca la cabeza  
y resopla recordando los golpes.)*

GUARDIA.—¿Queréis decirme que hemos  
estado dando vueltas por el bosque  
como imbéciles para acabar volviendo  
al mismo lugar? (*Mientras lo dice,  
da un par de vueltas sobre  
sí mismo.*)

CAPERUCITA Y EL LOBO.—¡Ahá!  
*(Asienten con la cabeza  
mientras sonrían  
de oreja a oreja.)*



GUARDIA.—¿Y por qué no me habéis  
avisado?

LOBO.—Somos personajes de cuento,  
no idiotas, señor guardia. Si le  
hubiésemos mostrado el camino,  
en estos momentos la psicópata  
esta y yo compartiríamos un húmedo  
y lóbrego calabozo, y estoy seguro  
de que ella habría descubierto  
ya alguna manera de maltratarme.

CAPERUCITA.—(*Haciéndose la inocente.*)  
¿Yooooo?

LOBO.—No, mi prima la coja.

GUARDIA.—No discutáis... Necesito pensar.  
*(Se coge la cabeza con las dos manos  
y se concentra.)*



CAPERUCITA.—Y yo necesito quitarme las botas.

GUARDIA.—¿Qué?

CAPERUCITA.—Tengo piedras.

GUARDIA.—¿Que tienes piedras? ¿Dónde? ¿En el riñón?

CAPERUCITA.—*(Resoplando.)* En las botas. ¿Me las puedo quitar?

*(En ese momento entra en escena, con una graciosa cabriola circense y muy felina, el gato con botas, que se detiene ante ellos.)*

GATO CON BOTAS.—Eso, bonita...  
Quítatelas y ve adelantándome trabajo...

GUARDIA.—Pero...

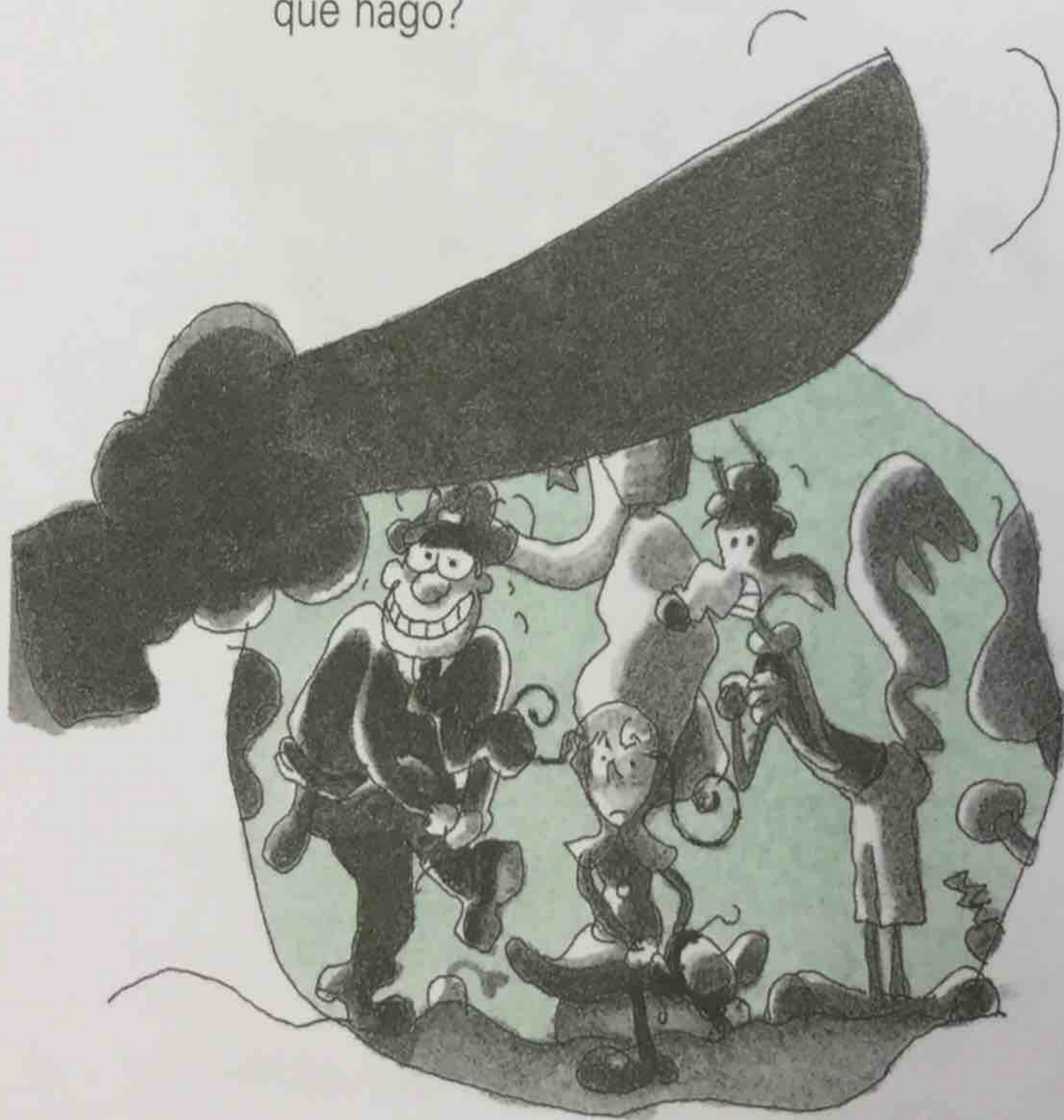


GATO.—Ni pero ni pera. ¡Manos arriba y botas abajo! *(dice amenazador, mientras abre una enorme navaja de madera con siete muelles).*

GUARDIA.—¡Sopla! Pero si es el gato con botas, el ladrón de calzado más famoso del reino.

GATO.—Tú lo has dicho. Pero... menos cuentos y empecemos el trabajo...  
Id quitándoos las botas y dejadlas aquí, cerca de mí. *(Caperucita y el guardia se sientan para quitarse las botas.)*

LOBO.—¿Y yo, que no gasto botas, qué hago?



GATO.—Tú te callas, si no quieres que te haga un mapa en la cara.  
*(Lo amenaza enseñándole las garras.)*

LOBO.—¡Ah, vale, vale...!

*(Caperucita ya se ha quitado una bota y la tira al aire. Cuando la bota cae al suelo, el gato se da la vuelta y reconoce a Caperucita.)*

GATO.—Pero, pero... ¡si eres Caperucita Roja!

CAPERUCITA.—*(Orgullosísima de que la hayan reconocido.)* Entonces... ¿ya no me quito las botas?

GATO.—¿Quién ha dicho eso? Sigue, sigue, que estabas haciéndolo muy bien. No te había reconocido, con ese modelazo. ¡Miau! ¡Qué guapa estás!

CAPERUCITA.—Pues sí, mira: estaba yo barre que te barre a la orilla del río, madre, a la orilla del río..., es decir, en la acera de mi casa, cuando de repente oigo un tiroteo en el banco que hay al lado *(efecto de tiros)* y por la puerta sale huyendo un ladrón con un montón de sacos de dinero. Entonces, como no miraba por dónde iba, ¡PLOF, PATAPLOF, PLOF!, tropieza con la escoba... *(ella, mientras cuenta que el ladrón había tropezado, realiza la acción de golpearle las piernas y de rematarlo una vez en el suelo)* ... y se cae al suelo y, casualmente, uno de los sacos va a parar debajo del recogedor. Total, que la policía atrapa al ladrón, ponen la sirena a toda pastilla, NI-NO, NI-NO, NI-NO, se van a toda velocidad y a mí no me dicen ni «gracias, Caperucita, eres una ciudadana ejemplar». Yo estaba muy enfadada,

y como los del banco también se habían ido y suponía que el director me ofrecería una recompensa, me compré este modelito de Cocó Chabeli con botas a juego que es una monada, ¿a que sí? *(Da una vuelta como si fuera una modelo sobre la pasarela.)*

GATO.—Sí, la verdad es que te sienta muy bien..., pero pásame las botas.

*(Caperucita se las da con cara de fastidio.)*

*(Mientras Caperucita iba contando su historia, el guardia, con los ojos como platos, no perdía detalle y apuntaba todo lo que ella decía con cara de estar pensando: «Te la vas a cargar. Esta vez sí que caes con todo el equipo, nena.»)*

GATO.—(*Recogiendo las botas.*)  
Y tú, Caperucita, ¿no te casarías  
conmigo? (*Arrodillándose  
y cogiéndole la mano.*)

CAPERUCITA.—¿Así, descalza?

GATO.—No te preocupes por eso.  
De ti depende que tenga  
fácil solución...

CAPERUCITA.—Y tú, gatito...  
(*Picarona.*) ¿Qué harás por las noches?

GATO.—(*Boquiabierto, la mira a ella,  
después al público y otra vez a ella.*)  
¿Tengo que decirlo aquí,  
delante de todos?

CAPERUCITA.—Sí, pero no me lo digas  
ahora... ¡Dímelo después  
de la publicidad! (*Se oscurece  
el escenario y entra la publicidad.*)



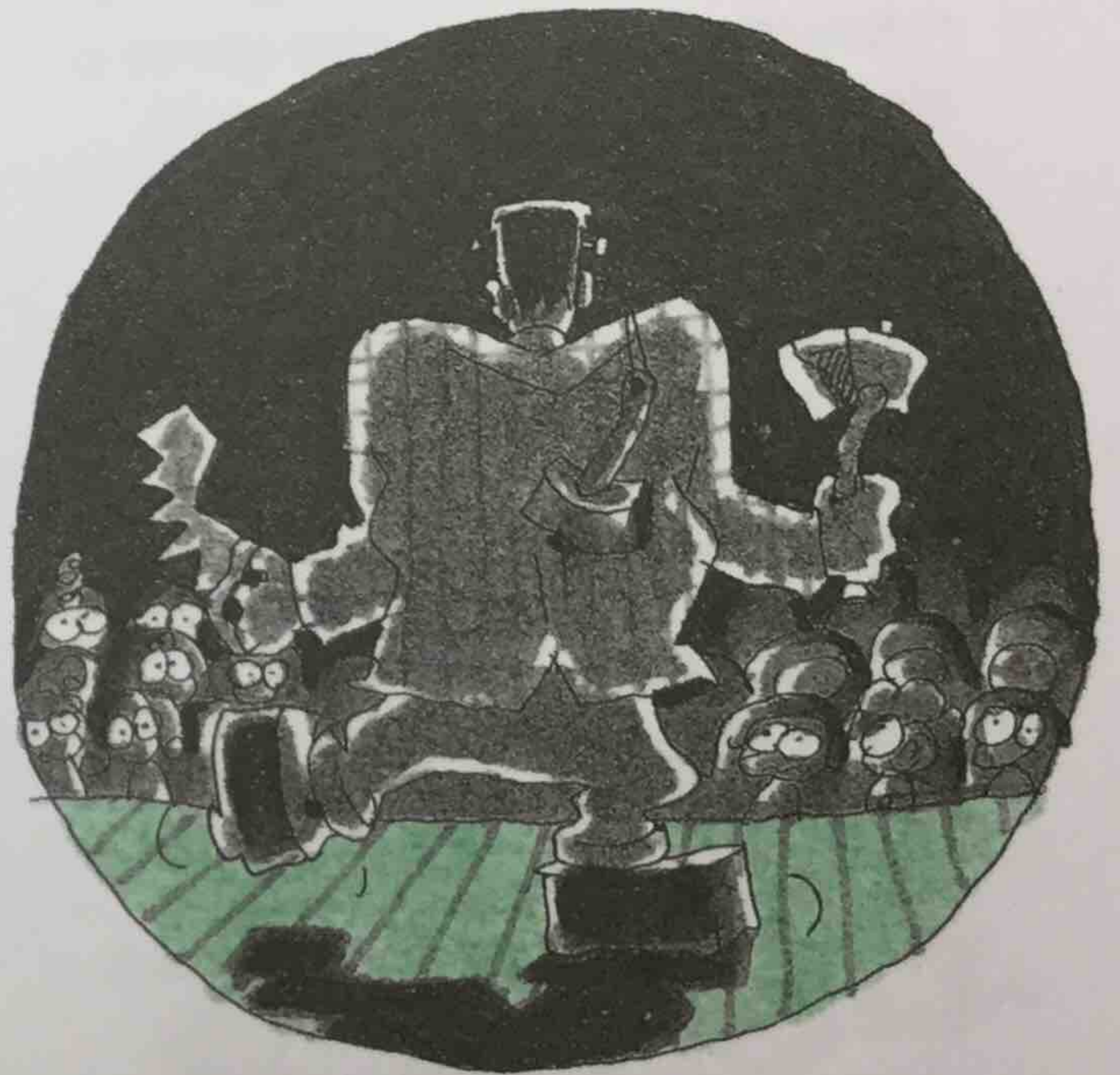


## Anuncio 2

### «Cirugía estética»

*(Se enciende el cañón de luz y vemos a Frankenstein con dos o tres siluetas de cartón de tamaño natural colocadas de espaldas. Frankie lleva varias herramientas encima: una sierra, un hacha, un martillo...)*

FRANKIE.—En la clínica de cirugía estética del doctor Frankenstein le arreglamos todo. Le quitamos de donde usted quiera y le ponemos donde desee, que para eso paga, y quien paga, manda.



Además, somos modernos y ecológicos, y no tiramos nada a la basura. Lo reciclamos todo. ¡Pero menos charla y más demostración! Como una imagen vale más que mil palabras, y si no que se lo pregunten a cualquier escritor..., aquí traigo algunas fotos de muestra.

Un día vino Pinocho a nuestra consulta, y con una de estas (*coge la sierra*) le dejamos la cara como si fuese uno de los tres cerditos, como podéis comprobar. (*Gira una de las siluetas, que corresponde a Pinocho con la nariz cercenada, como si se tratase de un cerdito.*) Con el trozo de nariz que nos sobró le hicimos una pata de madera al soldadito de plomo, que, casualmente, pasaba por allí. Y como le cobramos un ojo de la cara, desde entonces se dedica a la piratería, y por la foto que nos ha enviado, parece que el negocio le va viento en popa. (*Gira otra silueta y vemos*

*al soldadito de plomo vestido de pirata con un cofre del tesoro y un loro también vestido de pirata.)* También pasó por aquí el patito feo, y desde aquel día se lo rifan en las películas de ciencia ficción. (*Gira una silueta de «Alien, el octavo pasajero».*)

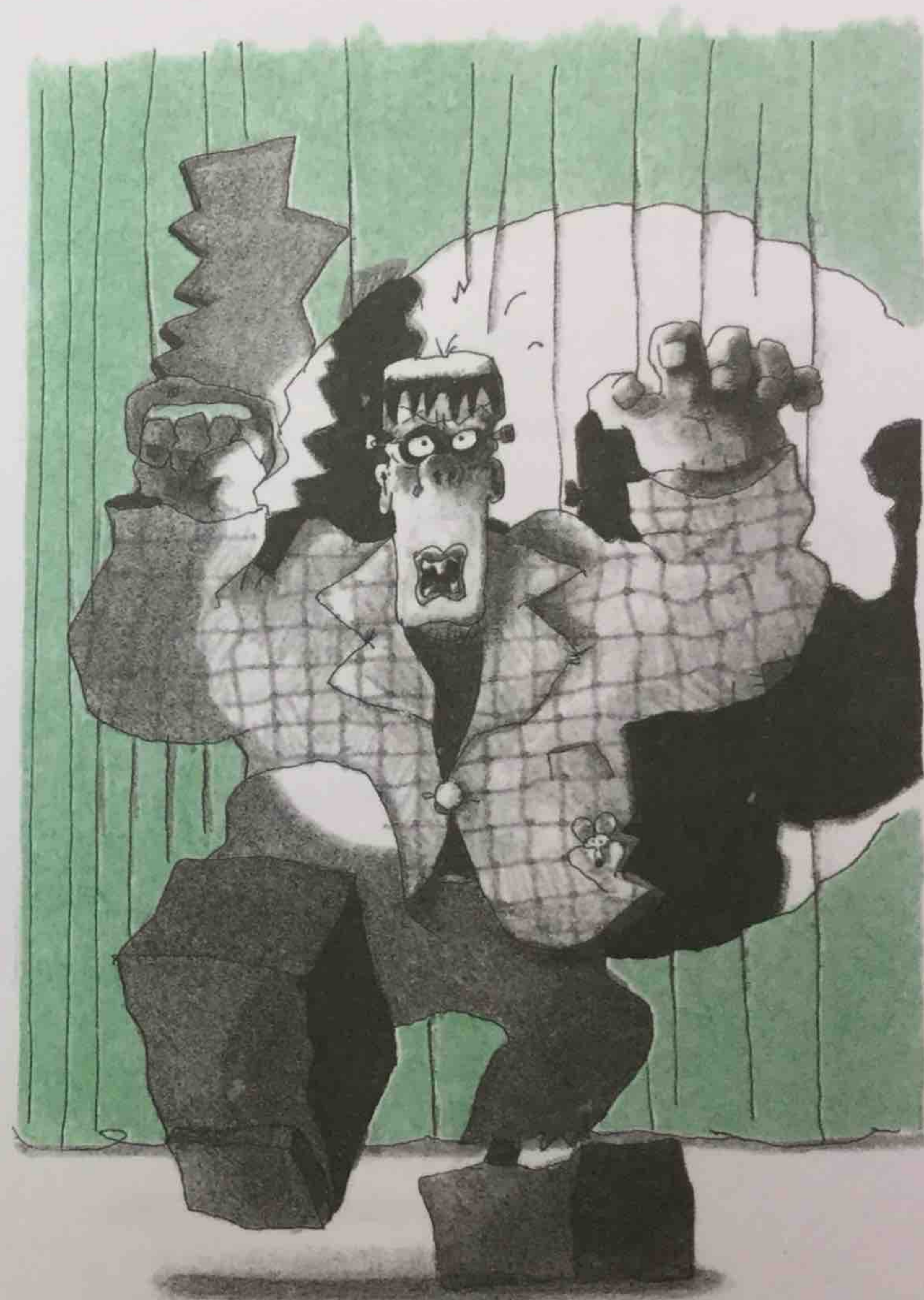
¿Y qué puedo decir de mí? Este era el horrible aspecto que tenía antes de pasar por mis propias manos en el quirófano.



*(Gira la última silueta y enseña un cartel de algún «guaperas» oficial, tipo Kevin Costner.) Pero ahora... ¡ah! (Suspira.) Ahora soy feliz, las chicas se vuelven locas por mí, ligo una barbaridad y mi foto aparece en la portada de las revistas más prestigiosas. (Enseña alguna. Baja hacia el público.)*

De manera que ya lo sabéis... Cuando acabe la función tomaré nota de la dirección y el número de teléfono de aquellos que necesiten un apaño, que por lo que observo sois prácticamente todos y todas. No se os ocurra marcharos sin verme, ¿eh? *(Hace un gesto amenazante con alguna de las muchas herramientas y se ríe.)* ¡Ja, ja, ja, ja! *(Se oscurece la escena y poco a poco se pierde su risa.)*

*(Las siluetas pueden sustituirse por diapositivas.)*



## Escena III



*(Todavía a oscuras,  
se oye ruido de batalla,  
un golpe seco  
y un gemido agudo.)*

GATO.—¡Ay, ay, ayyyyyy! ¡Sardinas  
en escabeche y ratones con tomate!  
¡Vaya directo!

*(Se ilumina la escena y vemos  
que el lobo y el guardia sostienen  
al gato, que está medio grogui  
y se toca un ojo a la funerala.*

*Caperucita aparece en primer  
término, cruzada de brazos  
y muy enfadada, diríase que  
ofendida. Se vuelve de cuando  
en cuando hacia el gato y resopla.)*

CAPERUCITA.—Perdonadme, pero es que  
soy muy cotilla y no he podido esperar  
a que acabase la publicidad para saber  
qué quería hacer conmigo por las  
noches ese gatazo. ¡Ja! ¿No te digo?  
¿Sabéis qué quería que hiciésemos,  
el muy granuja? No, ¿verdad? Es que no  
os lo podéis ni imaginar... ¿Pues  
no quería llevarme todas las noches  
de tejado en tejado para maullarle  
a la luna? Eso sí, después de haber  
cenado unas sabrosísimas raspas  
de sardina. ¡A mí! ¡A una señorita de  
buena familia y mejor educación! ¡Ja!

LOBO.—Mujer, tampoco hacía falta  
ponerse así... Con un simple no  
hubiera bastado...

CAPERUCITA.—Tú calla, que aún no he terminado contigo, ¿estamos? Pero, pero... ¿habéis oído la clase de proposición indecente que me ha hecho el come-ratones ese? ¡Y eso que no he dicho todavía cuál era el menú que me tenía preparado para los domingos! ¡Rata al horno! ¡Ay! Solo de pensarlo me dan arcadas. Será mejor que me siente, porque creo que me voy a desmayar...

*(Entonces, al fondo del patio de butacas se oye una traca china: ¡¡PATA-PUM-PUM-PUM-PLIM-PLOF!!, y entra un cerdo vestido de Rambo armado con una metralleta de juguete —de esas que escupen luz—, haciendo el ruido de bombas y tiros con la boca.)*



CERDO.—¡Ra-ta-ta-ta-ta-taaaaa! ¡Bang!  
¡Bang! ¡Paium! ¡Paium! ¡Pumba!  
¡Pumba! ¡Bang! ¡Todo el mundo  
al suelo! ¡Al suelo he dicho! *(A los  
espectadores.)* ¡Vosotros también!  
*(Sube al escenario apuntando en todas  
direcciones e interpellando de cuando  
en cuando a alguien que se esté  
moviendo. Mira a todos lados  
y ve al lobo en el suelo, con la cabeza  
entre las manos. Lo toca con  
la punta de la metralleta.)*

CERDO.—¡Ajá! De esta no te salvan ni  
san Félix Rodríguez de la Fuente  
ni san Francisco de Asís juntos...

LOBO.—¿A mí? ¿Pero qué  
he hecho yo ahora?

CERDO.—¡Cómo! ¿Y todavía me preguntas  
qué has hecho, asesino de tiernas  
y rosadas criaturas porcinas?



LOBO.—¿Yo? ¿Yo comiendo cerdo?  
¡Estás listo! Ya me gustaría, ya...,  
pero me lo prohíbe mi religión.

CAPERUCITA.—*(Incorporándose.)* Es verdad;  
el lobo es musulmán, y no puede  
comer cerdo. Aquí hay una confusión.  
*(Se levantan todos.)*

CERDO.—¡No hay confusión que valga!  
Este es el que, soplando,  
derribó las casas de mis hermanos  
y se los zampó  
con ketchup y mostaza...

CAPERUCITA.—¿Este? ¿Soplando?  
¡Pero si es asmático de nacimiento!  
*(El lobo tose escandalosamente  
y casi se ahoga.)* ¡Si apaga las velas  
de las tartas de cumpleaños  
con un ventilador, porque si las  
soplara se ahogaría!

GATO.—Además, este lobo es de otro  
cuento. Él solo se alimenta  
de abuelitas.

GUARDIA.—Y otra cosa muy importante:  
el lobo es mío, yo lo he atrapado  
primero, y hasta que no pague la multa  
por arrancar el tomillo del bosque...  
¡nadie le toca un pelo!

CERDO.—¡Me importa un jamón todo eso!  
Si no ha sido él, seguro que el culpable  
es alguien de su familia. *(Intenta agarrarlo  
con la metralleta al hombro, pero  
Caperucita se interpone entre ellos.)*

CAPERUCITA.—¡Tendrás que pasar  
por encima de mi capucha!

GATO.—*(Interponiéndose también.)*  
¡Y de mis bigotes!

GUARDIA.—*(Solemne.)* ¡Y de mi autoridad!  
*(Se une a los otros dos.)*

CERDO.—*(Desistiendo.)* ¡Está bien, está  
bien...; no voy a liquidaros a todos!  
*(Tira al suelo la metralleta.)* Pero...  
pero... ¿de dónde viene este olor?  
*(Huele con frenesí y se dirige hacia el  
lobo y Caperucita, que aún están unidos  
por la ristra de morcillas del principio.)*  
¡Sí, sí! ¡Es mi hermano! *(Emocionado.)*

TODOS.—¿Quéééééé?  
¿El lobo es tu hermano?

CERDO.—¡Nooooooooo! ¡Buhúuuuuu! *(Llora.)*  
Las morcillas... ¡Buhúuuuuu, hip, hip...!

CAPERUCITA.—¿Cómo puedes  
estar tan seguro?

CERDO.—Huelen a su perfume,  
una combinación de extracto de cáscara  
de patata, barro y boñiga de vaca que él  
mismo se fabricaba. *(Vuelve a husmear.)*  
Sssíii, estoy segurísimo; es él...  
¡Buhubhbubú!

*(Todos se compadecen, lo abrazan  
e intentan consolarlo. Antes  
se han quitado las morcillas  
y se las han dado al cerdo,  
que las abraza y llora.)*

LOBO.—No somos nadie. *(Suspira.)*

CAPERUCITA.—Menos que nadie...  
Si acaso, solo morcillas.

GATO.—Y pensar que he estado a punto  
de comérmelas... *(Apenado.)*

GUARDIA.—Tendremos que hacerle  
un sepelio digno, ¿verdad?

TODOS.—¿Un quéééééé? *(Volviéndose  
hacia el guardia.)*

GUARDIA.—*(Turbado.)* U... U... un sepelio,  
unas honras fúnebres, un entierro.

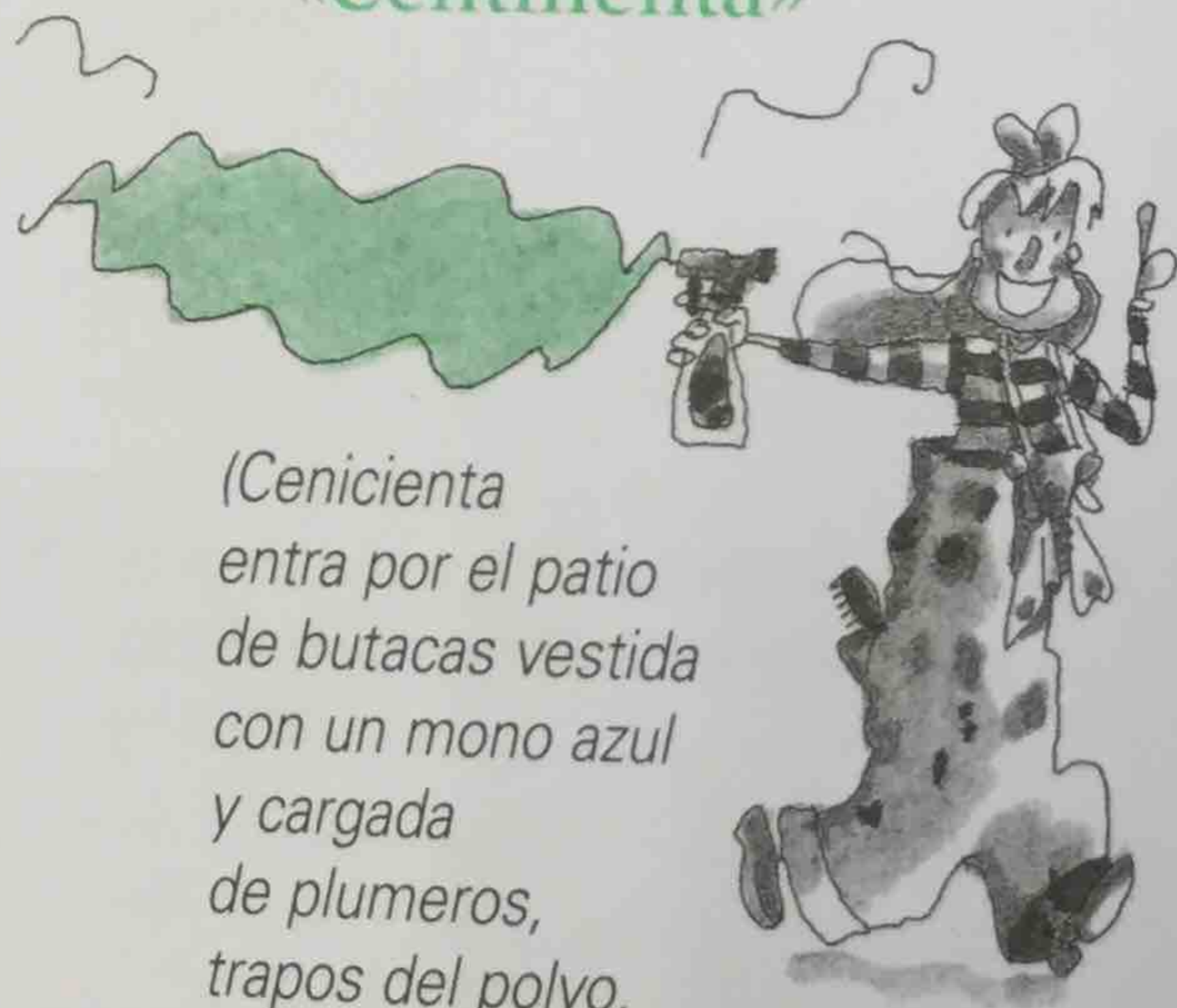
TODOS.—¡Aaahhh! *(Cayendo en la cuenta.)*

CERDO.—Sí, vamos. Lo enterraremos en su  
barrizal favorito. Y vosotros *(al público)*,  
no os mováis de aquí. Volvemos  
enseguida..., después de la publicidad.

*(Entra la publicidad.)*



### Anuncio 3 «Centillenta»



*(Cenicienta entra por el patio de butacas vestida con un mono azul y cargada de plumeros, trapos del polvo, cepillos, escobas... y un pulverizador lleno de agua con el que irá mojando a todos. Siempre actuará y hablará a gran velocidad.)*

CENICIENTA.—¡Pero qué barbaridad!

*¡Qué cochinado! ¡Está todo hecho una porquería! Y tú, ¿qué? (A un espectador o una espectadora que lleve gafas.)*

*¿Cuánto hace que no te limpias las gafas? ¡Pero hombre, si no tienes que ver ni torta! ¿O es que piensas plantar patatas en los cristales? (Le echa un chorrito de agua en las gafas y las frota con el trapo.) Y tú (a otro espectador), a ver el reloj... ¡Madre mía! Le tendrás que poner un cucú para que cante la hora, porque lo que es verla...*

*(Le lanza un chorrito al reloj y lo frota con un trapo. Lo hace dos o tres veces más, y de cuando en cuando tira un chorrito al aire.) ¡Ay!, si no estuviera yo aquí con mi «Centillenta»... ¡Madre mía, cuánta roña! ¡Pero si este teatro está para tirar! ¡Qué sucio está todo!*

*(Se pone a limpiar las butacas.) ¡Pero ayudadme! Venga, frotad el polvo del asiento de delante, así, con la manga. (Ella lo hace y anima a los espectadores a que la imiten. Continúa limpiando por*

*aquí y por allá, provocando pequeños desastres mientras les explica quién es y va contándoles su historia.)*

Seguramente os preguntaréis quién soy yo, ¿no? Pues mirad: yo salía en un cuento en el que tenía una madrastra que solo se dedicaba a hacerme la puñeta y dos hermanas más vagas que la chaqueta de un guardia. El caso es que el príncipe organizó un baile y allá que se fue el trío de cardos, pero, eso sí, a mí me dejaron en casa porque allí había faena para dar y vender. Pues bien, llegó el hada madrina, acabó con todo el trabajo, me hizo un vestido maravilloso y convirtió una calabaza en una carroza tirada por unos caballos que en realidad eran unos ratoncitos. ¡Ja...! ¿Quién se va a creer una cosa así? Si no llega a ser por «Centillenta» (*enseña el pulverizador*), que puede con todo, y por la pasta que me pagó la multinacional de detergentes cuando les vendí la fórmula, yo todavía estaría allí, y no sé cómo hubiera podido comprarme

el vestido y la Harley Davidson con la que llegué al palacio. Y claro, el príncipe cayó rendido a mis pies. Y todo gracias a «Centillenta», que puede con todo. Y vosotros (*se gira hacia el grupito de los espectadores a los que haya mojado menos*), no penséis que vais a escaparos, ¿eh? (*CHUF-CHUF, «CENTILLENTA».*) De manera que ya lo sabéis: comprad «Centillenta» y tendréis una casa reluciente, esto..., quiero decir..., reluciente. (*Sale mojando a todos.*)





## Escena IV

*(Entran todos por donde han salido. Vienen un tanto abatidos y hablan sobre el entierro.)*

GATO.—¡Caramba!, qué bonito ha sido el discurso. Me he emocionado cuando has contado que se disfrazó de cochinillo asado en una boda, con su manzana y todo, y cuando iban a trincharlo empezó a chillar, huyó por encima de las mesas y todos acabaron por el suelo y se quedaron sin comida y sin vajilla. ¡Menuda pieza era tu hermano!

CERDO.—Lo era... No en vano fue elegido rey de la porquería. Por cierto, hablando de coronas, ¿de quién ha sido la idea de hacer una corona con las morcillas?

LOBO.—*(Carraspea.)* Mía; los lobos también tenemos nuestro corazoncito.

GUARDIA.—Y el lugar tiene unas vistas preciosas al vertedero municipal.

CERDO.—Sí, y enterradito en el barro que tanto le gustaba. Pero, ¡venga!, no debemos estar tristes. Si él estuviera aquí, sería el primero que soltaría cuatro eructos y se arrancarían por peteneras.

CAPERUCITA.—Cómo se nota que era un cerdo.

CERDO.—Y de los buenos, de los de pata negra..., que nunca en toda su vida consintió en lavarse. ¡Venga, lobito, que tú tienes buena voz!

LOBO.—¡Aaáuuuuuuuuu!

*(Entonan una canción de homenaje al difunto. Cada uno canta una estrofa, y todos corean el estribillo. Improvisan una divertida coreografía.)*

LOBO.—Yo soy el feroz lobo,  
y canto con ilusión  
a este cerdo colosal  
convertido en salchichón.

TODOS.—Que chirivirirí, que chirivirivú.  
Que chirivirirí, que chirivirivú.

CAPERUCITA.—Debió de ser un buen cerdo,  
y también muy divertido,  
aquel que hemos enterrado  
a la vera del camino.

TODOS.—Que chirivirirí, que chirivirivú.  
Que chirivirirí, que chirivirivú.



GATO.—Prometo solemnemente,  
y lo afirmo sin engaño,  
que no probaré embutido  
hasta que se acabe el año.

TODOS.—Que chirivirirí, que chirivirivú.  
Que chirivirirí, que chirivirivú.

CERDO.—Fuimos tres cerditos  
gorditos y relucientes;  
hoy solo quedo yo,  
y voy armado hasta los dientes.



TODOS.—Que chirivirirí, que chirivirivú.  
Que chirivirirí, que chirivirivú.

GUARDIA.—Si yo hubiera conocido  
a cerdo tan campechano,  
lo hubiera multado sin duda  
por cochino y por marrano.

TODOS.—Que chirivirirí, que chirivirivú.  
Que chirivirirí, que chirivirivú.

*(El último es el guardia, y cuando  
acaba, todos ríen y aplauden,  
momento que él aprovecha para  
recoger la metralleta, que todavía  
está allí. Después apunta hacia ellos.)*

GUARDIA.—Muy bien, estimados...

*¿personajes? Sí, personajes es un nombre  
que os va estupendamente. Lamento  
aguaros la fiesta, pero... ¡se acabó lo que  
se daba! Es hora de presentarse ante la  
justicia para responder de los siguientes  
cargos: (Saca la libreta de notas y  
comienza a enumerar. Él está débilmente  
iluminado, y los otros en penumbra. Se  
oye un redoble de tambor, y cada vez que  
diga un nombre, se escuchará un golpe  
de platillos y el cañón de luz iluminará  
al personaje.) Caperucita, se le acusa  
de maltratar a animales protegidos y de  
apropiación indebida de fondos públicos.*

CAPERUCITA.—*(Protestando.)* ¡Pero si eran  
del banco...! ¡Y voy a devolverlos!

GUARDIA.—¡Chiiiissss! ¡A callar!

*(La petrifica con la mirada.)* Lobo:  
acusado de arrancar el tomillo y, seguro  
que si investigo un poco, podré  
demostrar que hace pis en los árboles.  
El gato con botas: atraco a garra armada  
y robo de botas. Cerdo: tenencia ilícita  
de armas, mal olor y suciedad.

*(Parpadean las luces.  
Para el redoble de tambor.)*

De momento, estos son los cargos  
en contra vuestra. ¿Alguna alegación?  
*(Se escucha un murmullo; todos quieren  
alegar y protestar al mismo tiempo,  
pero el guardia no les hace ni caso.)*  
Así me gusta, que no haya alegaciones;  
de todas formas, nunca les hago caso...

CAPERUCITA.—¡Ah, perfecto! De modo  
que todos somos unos delincuentes,  
¿no? Pues venga, vamos, llévenos  
a la comisaría. *(Le tiende las manos.)*

GATO.—*(Extrañado.)* ¿Pero qué dices, loca?

CAPERUCITA.—Tú, calla. No tiene ni idea  
de cómo salir del bosque...

GUARDIA.—¡Je!, eso es cierto, pero poseo  
una gran capacidad negociadora.  
*(Se pone zalamero.)* Yo, por ejemplo,  
señor gato, podría hacer la vista gorda  
ante esa afición que usted siente por  
las botas del prójimo... a cambio de  
cierta información... digamos...  
geográfica.

GATO.—Hum, hum... *(Niega con la cabeza.)*

GUARDIA.—Incluso podría ofrecerle  
el ministerio de pesca y ratones,  
y algún que otro fondo reservado...

GATO.—¡Ni por la colección de botas  
de fútbol de la selección española  
le daría yo esa información!

GUARDIA.—¿Y usted, lobo? Realmente, lo del tomillo tiene poca importancia, y eso de hacer pis en los árboles... aún está por demostrar. Y, claro, siempre podría recomendarle para un puesto directivo en la brigada de perros-policía.

LOBO.—No se canse, señor guardia. A mí la ciudad me mata, y no me gusta mandar.

GUARDIA.—*(Volviéndose hacia Caperucita.)*  
A ti ni siquiera hace falta que te lo pregunte, pero... ¿y usted, señor cerdo? Podría cederle la exclusiva del vertedero municipal y olvidarme de esa... esa demostración de pirotecnia...

CERDO.—¡No hay bastante porquería en todo el término municipal como para comprarme!

TODOS.—¡Así se habla!



GUARDIA.—*(Resopla.)* ¡Brrrrr! De acuerdo, me rindo. *(Arroja al suelo la metralleta, se sienta y apoya el mentón en la palma de la mano.)* Bien, pues aquí estamos... ¿Y qué hacemos ahora?

CERDO.—Podemos hacer dos cosas...

CAPERUCITA.—Tú dirás...

CERDO.—(A Caperucita.) Podríamos casarnos y organizar una fiesta.

CAPERUCITA.—¡Y dale! ¡Qué manía tenéis todos con la dichosa boda!

LOBO.—No te quejes, contigo quieren casarse... A mí solo quieren pegarme.

CERDO.—(A Caperucita.) Aún no me has contestado.

CAPERUCITA.—Y tú, cerdito, ¿qué harás por las noches?

CERDO.—Mmmm... Mmmmm... *(Se coge el mentón y piensa un ratito, pero antes de decir nada Caperucita lo interrumpe.)*

CAPERUCITA.—¡No! Lo siento, pero me gustan los hombres decididos.

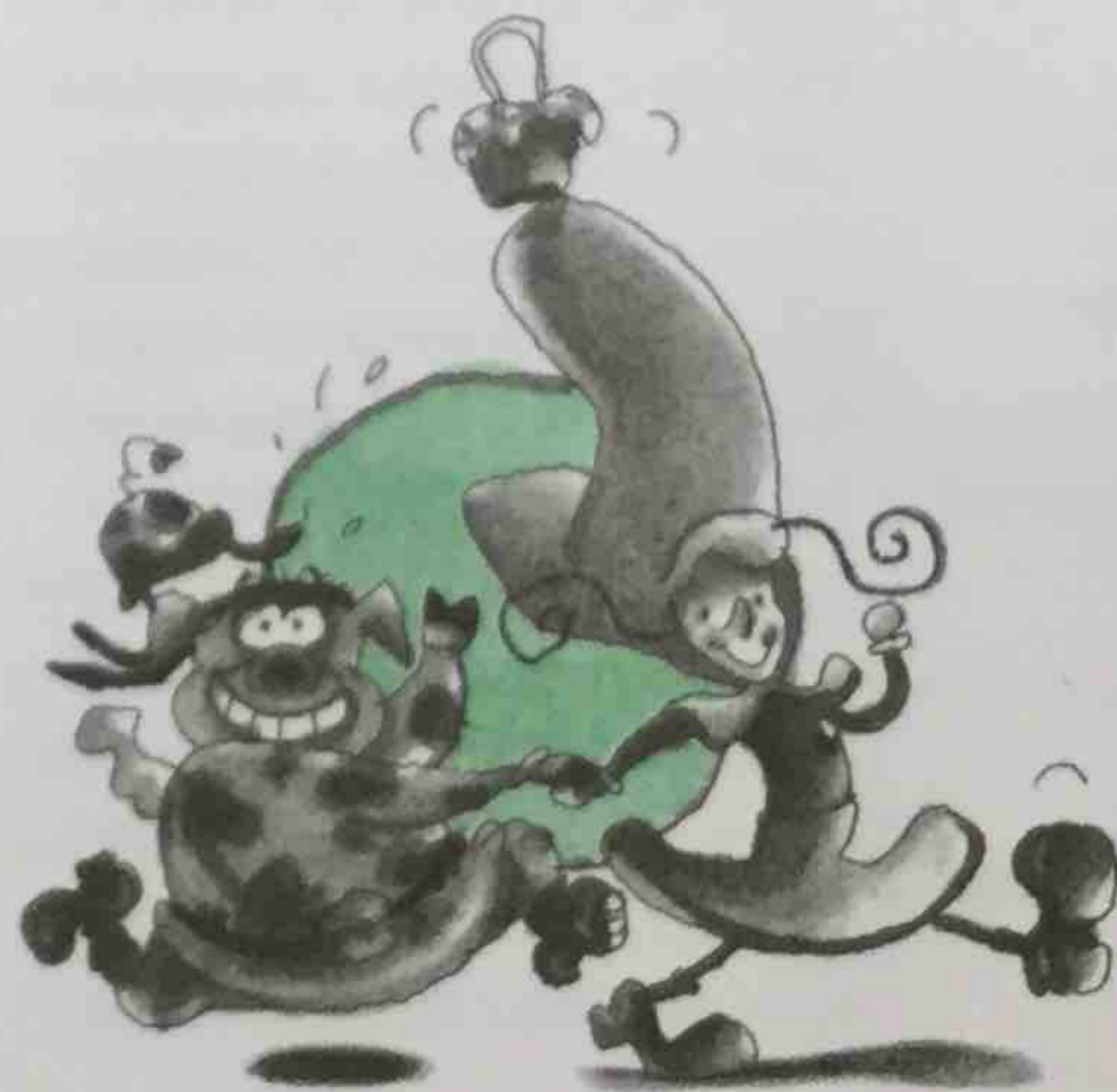
CERDO.—¡Pero si no soy un hombre...!  
¡Soy un cerdo!

CAPERUCITA.—Razón de más.  
¿Qué otra cosa podríamos hacer?

CERDO.—¡Ir a publicidad!

CAPERUCITA.—Pues venga, ¡vamos!

*(Entra la publicidad.)*







## Anuncio 4

### «El vampiro»

*(En la más absoluta oscuridad se oye un grito desgarrador, una risa enigmática y, de repente, en medio del patio de butacas, una cerilla enciende los cirios de un candelabro. El candelabro lo sostiene el conde Drácula. A medida que va encendiendo los cirios, la sala se ilumina, aunque siempre quedará sumida en la penumbra. Drácula le deja el candelabro a alguien, comienza a meterse con unos y otros y provoca a los espectadores acariciándoles el cuello.)*

DRÁCULA.—*(Muy meloso.)*

*Hummmmmmm... (Aspirando el olor.)*  
¡Qué aroma más delicioso a sangre fresca! Cómo me voy a poner...

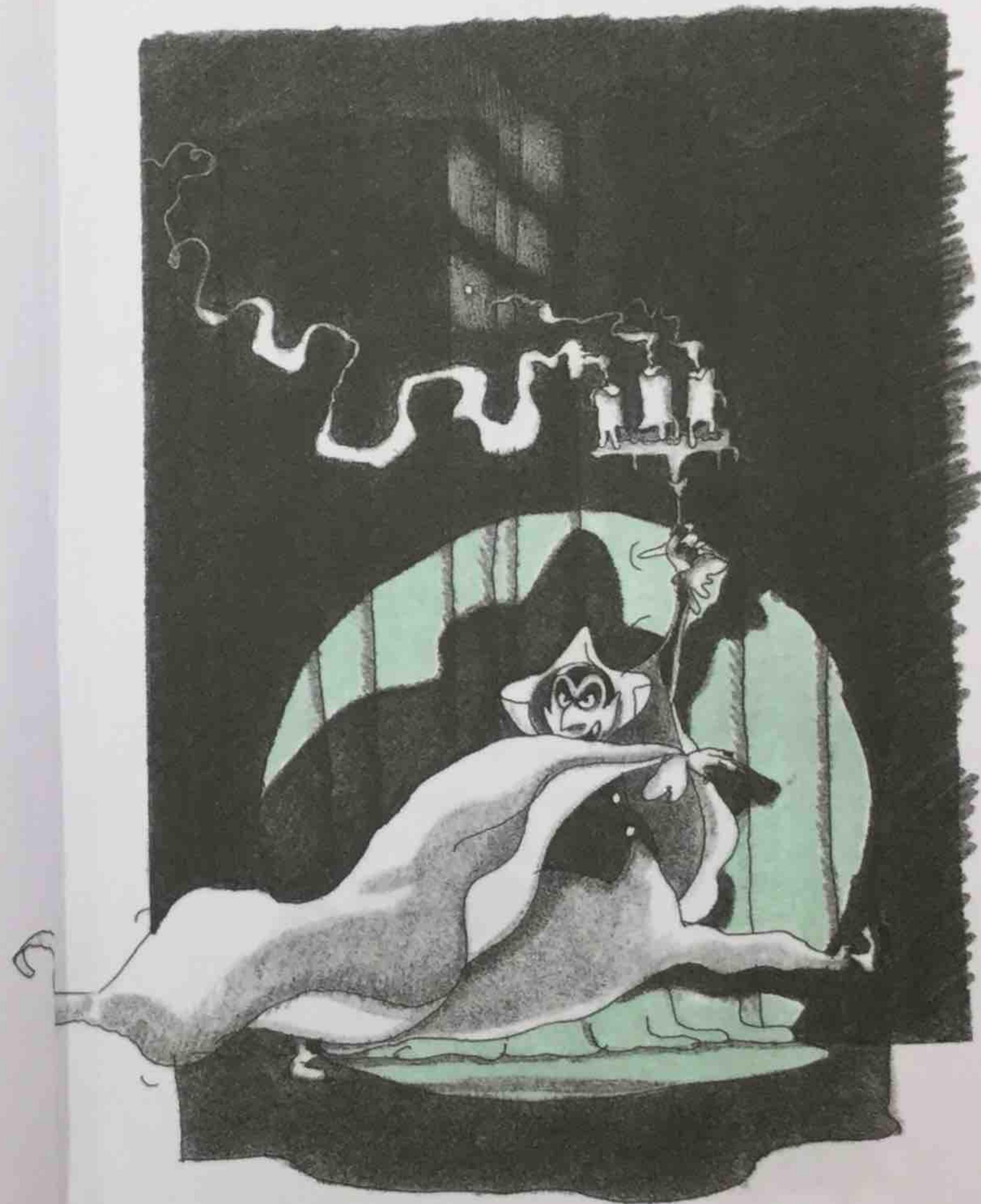
Os voy a morder a todos, ¡a todos! A este, con ese cuello tan blanco y tierno, como a mí me gusta; y a esta, con ese cuellecito que quiere esconder... ¿Me dejas que le pegue un mordisquito? Y, y... a ti, claro que sí, ¿cómo podría olvidarme de ti? No creas que te vas a escapar. *(Cambia de tono y se pone más serio.)* Pero ya habrá tiempo para todo. Ahora tengo que hablaros de negocios y hacer mi trabajo, que para eso me han contratado.

Vengo a hacer publicidad. *(Dramático.)* Mirad hasta dónde nos hemos tenido que rebajar los vampiros para conseguir un poco de plasma sintético.

Y claro, vosotros pensaréis que he venido a anunciaros una pasta de dientes, ¿no?

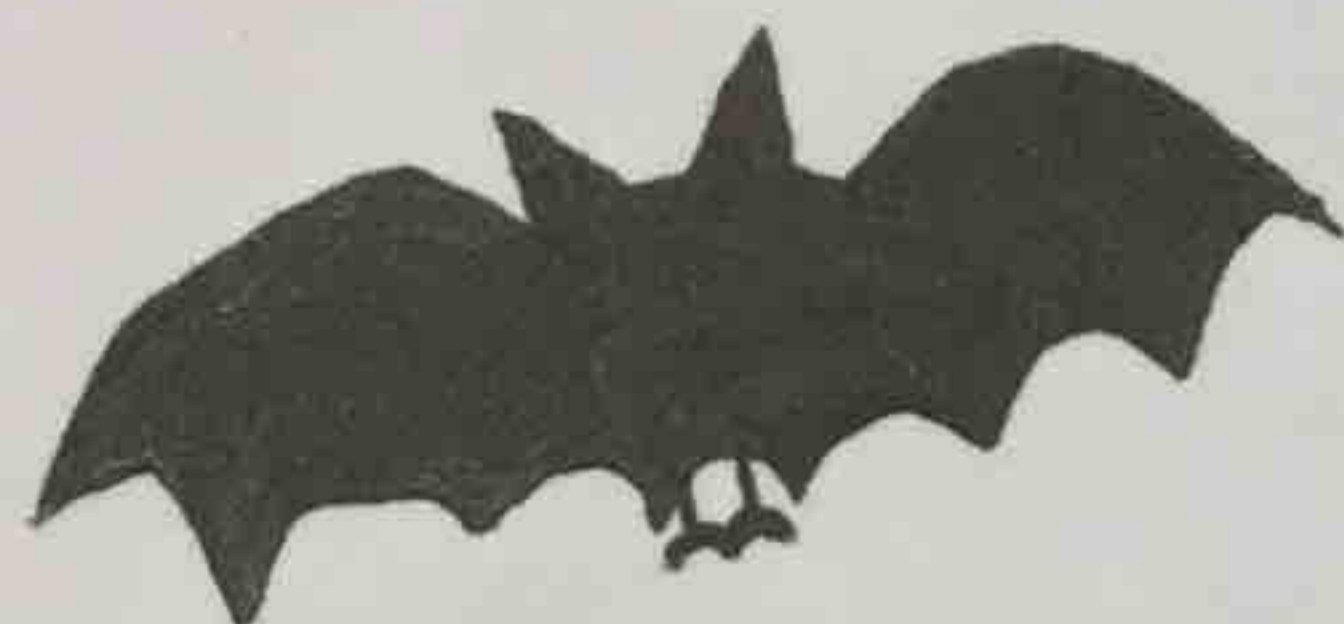


Una pasta de dientes fantástica, para conseguir una dentadura como la mía, ¿no? ¡Pues estáis muy equivocados! Una dentadura como esta solo puede lograrse por línea paterna, aunque tú tampoco vas manco de herencia, ¿eh? *(Se dirige a cualquier espectador un tanto dentado.)* O también se puede conseguir mediante un mordisquito de nada. *(Amenaza a algún otro espectador.)* ¿Quieres probar? O bien por solo cuarenta duros en una casa de artículos de broma, como he hecho yo. *(Se quita la dentadura.)* Porque resulta que soy un vampiro falso... Soy «El vampiro», un cobrador de morosos, y en realidad vengo a cobrarle a este listillo que no ha pasado por taquilla. *(Se dirige al profesor o a la profesora que haya llevado a los niños al teatro, o a cualquier adulto.)* ¡Venga! ¡Suelta las trescientas pelias de la entrada! ¿Qué te creías? ¿Que como venías con los niños no ibas a pagar, eh? ¡Ja!



*(Puede perseguirlo. En ese momento se encienden las luces y el vampiro huye.)*

DRÁCULA.—¡¡¡Aaaahhhhhh!!! ¡Demasiada luz para el príncipe de las tinieblas! Si necesitáis de mis servicios, me encontraréis a la puerta del cementerio, a las doce en punto... de la noche, claro. ¡Ji, ji, ji...!  
*(Desaparece.)*



## Escena V

*(Cuando se ilumina el escenario, vemos a los personajes sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas. Juegan todos menos el guardia, que mira al público y es quien se da cuenta de que ya están en escena. Sutilmente, se lo dice a los otros.)*

CAPERUCITA.—*(Que está de espaldas, se gira hacia los espectadores.)*  
Esto... Veréis... *(Mira a los otros.)*  
¿Cómo lo hacemos?

CERDO.—¡Pues haciéndolo, y ya está!

CAPERUCITA.—Sí, sí... Decirlo es muy fácil,  
pero... ¿y hacerlo?

GATO.—Si vamos a decírselo,  
¡hay que hacerlo ya!

CAPERUCITA.—Veréis, niños y niñas,  
y padres y madres, y abuelos y abuelas, y  
hermanos, y primos, y familia en general...  
Es que... tenemos un problema.

LOBO.—No sabemos cómo acabar.

GUARDIA.—Y claro, ya va siendo hora...  
Vosotros tendréis que merendar  
*(o comer, o cenar, según la hora que sea)*,  
y no os podemos tener aquí toda la tarde.

GATO.—Pero, claro, no podemos acabar así,  
de cualquier manera, diciendo: «¡Hala!  
¡A casa!» ¡Estaría bueno, con lo bonita  
que nos está quedando la obrita,  
que ahora la destrozáramos...!

LOBO.—Escuchad, escuchad...  
¡Tengo una idea! Nosotros  
somos personajes  
de cuento, ¿no?

CERDO.—Sí, todos menos ese  
plomazo de guardia, que solo  
quiere enjaularnos.

LOBO.—Entonces... ¿por qué  
no acabamos como  
en los cuentos?

GATO.—¿Cómo?

LOBO.—«Y colorín  
colorado,  
este cuento  
se ha acabado.»

CERDO.—No, no podemos.

LOBO.—¿Por qué?



CERDO.—Porque esta historia es vanguardista, y no podemos ser tan antiguos.

LOBO.—¿Y por qué no?

CERDO.—Porque somos modernos. Tendríamos que decir algo como: «Cuento acabado, por la chimenea el gato se ha escapado.»

GATO.—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Yo no me meto en ninguna chimenea... ¡Hombre...! Para un día que me ducho, jolín, estaría bueno que me llenara de hollín...

LOBO.—Qué poético que estás tú también, gato, con esas palabras tan raras.

GATO.—Ya ves...

GUARDIA.—¡Eh!, ¿y qué os parece este final?: «Y se casaron y fueron felices y comieron perdices.»

CERDO.—No, perdices no, que me producen muchos gases...

GATO.—¡Pues... «se casaron, comieron morcilla y vivieron a las mil maravillas»!

CERDO.—(Mosqueado.) ¿Y por qué no hígado de gato, eh?

GATO.—Perdona, hombre... No te pongas así, que solo era por la rima...

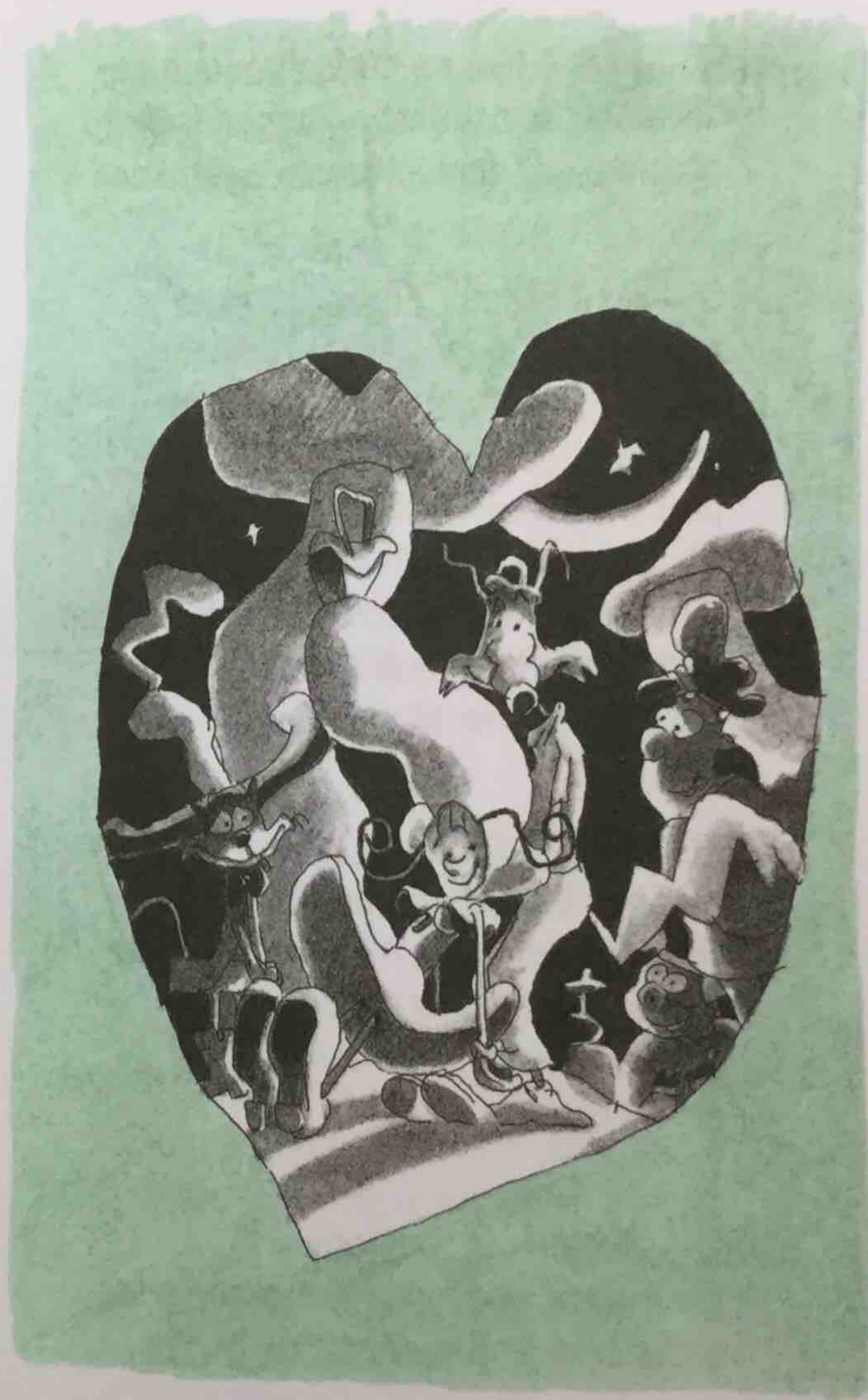
CAPERUCITA.—No, el final no puede ser con boda, porque a ti (*al gato*) y al cerdo ya os he dicho que no, con el guardia no me casaría ni harta de vino, y tú no te casarías conmigo, ¿verdad, lobito?



LOBO.—¿Y por qué no? Después de todo, llevamos tantos años juntos que ya no podría pasar sin ti. Además, ¿no dicen que el roce hace el cariño? ¡Pues más trato del que hemos tenido tú y yo...! Por otra parte, ya me estoy cansando de la rutina de ir todos los días a encontrarme contigo, y siempre con las mismas preguntas: que si adónde vas, que si qué llevas en la cestita... ¡Como si no lo supiera! Y en verano, aún tiene un pase, porque hace buen tiempo, pero en invierno... Cualquiera día me van a encontrar por ahí hecho un cubito de hielo y con la sonrisa todavía puesta. Y..., mira..., que ya vamos envejeciendo, y tarde o temprano tendremos que sentar la cabeza.

CAPERUCITA.—*(Completamente alucinada.)*  
¿Hablas..., hablas en serio, lobo?

LOBO.—Más en serio que en toda mi vida.



CAPERUCITA.—¡Ay, ay, sujétame, que me caigo de culo! *(El lobo, tierno y solícito, la sujeta.)* ¿Y dónde vamos a casarnos?

LOBO.—Aquí mismo. El guardia tiene autoridad para celebrar la ceremonia, y el cerdo y el gato pueden ser los padrinos. Estamos justitos. El único problema es el vestido, porque para eso siempre he sido un clásico, y me hubiera gustado que la novia fuese de blanco. Pero ¿qué le vamos a hacer? No se puede tener todo...

CAPERUCITA.—¿Quién ha dicho que no? Eso ya está previsto, lobo. ¡He esperado este momento durante siglos! *(Se quita la capa, la vuelve del revés y por la parte de dentro es blanca.)*

GATO.—¡Shhhh! Un momento. *(Sale como un rayo y vuelve con unas botas blancas.)* Mi regalo de bodas...

*(Caperucita le mira emocionada y se las pone en un abrir y cerrar de ojos. El cerdo también sale y vuelve con un ramo blanco de novia, y una vez que Caperucita se ha puesto las botas, le ofrece las flores.)*

CERDO.—Y el mío.

*(Los cuatro se colocan en fila, con el guardia delante.)*

LOBO.—Estamos preparados. Una ceremonia sencilla, señor guardia.

GUARDIA.—No os preocupéis. Pero, primero, mi regalo de bodas. *(Coge la libreta, la rompe en mil pedazos y tira el bolígrafo bien lejos.)* Y ahora, cogeos de las manos. ¡Hala, ya estáis casados!

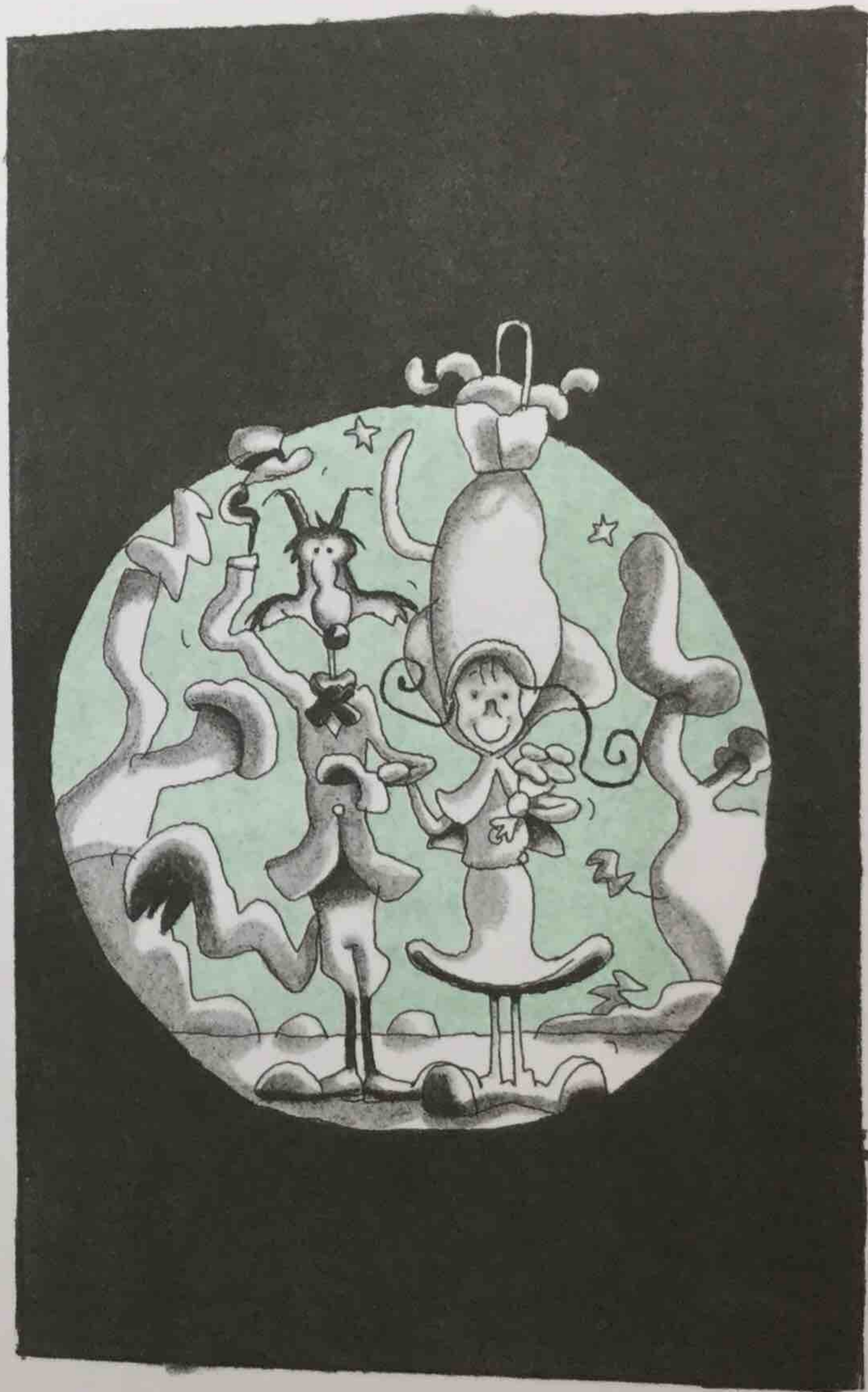
CAPERUCITA Y EL LOBO.—¿Yaaaaaaa?

GUARDIA.—Sí. Ya puedes besar a la novia.

*(El lobo, pudoroso, le sube la capucha y la besa ocultándose tras ella; los demás silban y gritan. El gato se separa de los demás y se acerca al proscenio.)*

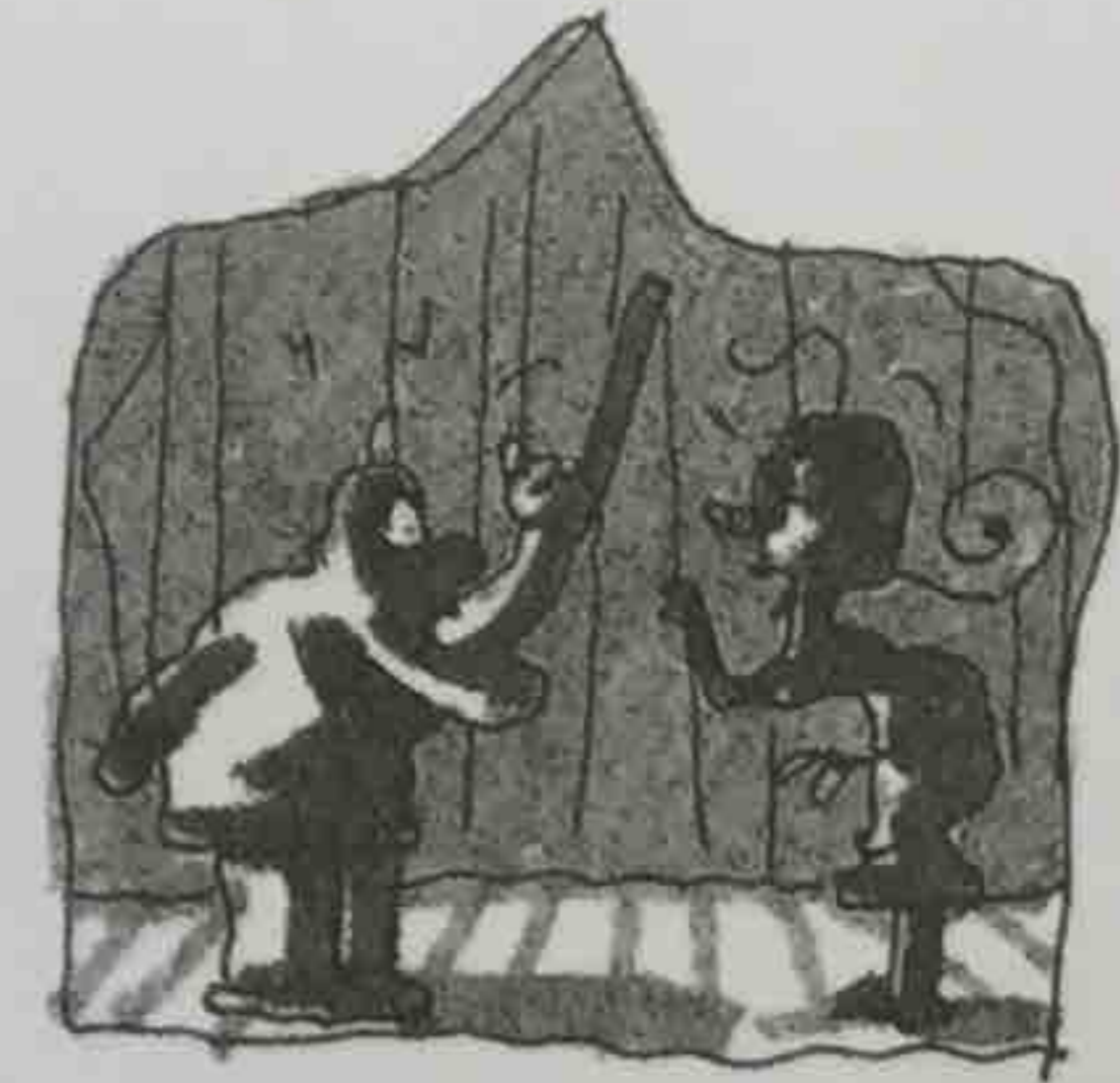
GATO.—Y ahora sí que hemos llegado al final. Esperemos que sean felices, que vivan a las mil maravillas y que coman... Ehhh... *(duda, porque no quiere decir ni «perdices» ni «morcillas»)*... ¡sgfritgxowas!

*(Se apagan las luces y el foco ilumina a Caperucita y al lobo. Se funde en negro, como en una película de cine mudo.)*





## Epílogo



*(Vuelven a entrar en escena el viejo narrador y la directora de «Tele ¡Clic!». El anciano está indignadísimo.)*

ANCIANO.—Pero... pero ¿qué habéis hecho? ¡Lo habéis mezclado todo! ¡Los personajes no eran así! Caperucita era una niña tierna e inocente, y no esa descarada que habéis mostrado.

DIRECTORA.—Era una pánfila, y ya estaba bien de que se la comiera siempre el lobo, ¿no? ¡Ya era hora de que espabilara!

ANCIANO.—Y ese gato... ¡un ladrón!  
¡Un ladrón de botas!

DIRECTORA.—No podía ser de otra forma. Después de tantos años calzado con ellas..., ¡se acaba por cogerles el gustillo!

ANCIANO.—¿Y ese cerdo que parecía Pancho Villa?

DIRECTORA.—Rambo..., parecía Rambo.

ANCIANO.—¿Y ese quién es?

DIRECTORA.—No se preocupe, ellos sí que saben quién es. *(Al público.)*  
¿A que sí que lo sabéis?

PÚBLICO.—¡Siíiiii!

ANCIANO.—Y Drácula y Frankenstein...  
¿qué pintaban en una historia para niños?

DIRECTORA.—Ellos pertenecen ya al mundo infantil.

ANCIANO.—Y el guardia... ¿también forma parte del universo infantil?

DIRECTORA.—Ese es el toque moderno. Las historias de policías y ladrones están muy de moda.

*(El anciano desapruueba con la cabeza.)*

DIRECTORA.—¿Qué le ha parecido?

ANCIANO.—¿Qué me ha parecido el qué?

DIRECTORA.—Pues la historia...

ANCIANO.—¡Un desastre! Yo prefiero las historias de verdad, las clásicas.

DIRECTORA.—Las clásicas están muy bien, pero también está bien jugar con ellas como hemos hecho aquí. *(Al público.)* Jugad con los cuentos, leedlos y aprendéoslos bien, tan bien que, cualquier día, seáis capaces de cambiarlos como queráis. Y, sobre todo, divertíos con ellos.

ANCIANO.—*(Un poco sorprendido.)* ¡Huy! Entonces... ¿te gustan?

DIRECTORA.—¡Claro que me gustan! ¿Por qué no iban a gustarme? Venga, venga conmigo y le contaré la historia del saxofonista que expulsó a todas las ratas de un pueblo... ¡Es una pasada!

ANCIANO.—¿Pero no era un flautista?

DIRECTORA.—*(Perdiéndose.)* Lo era, lo era, pero los tiempos cambian... *(Salen de escena.)*

*(Telón. Aplausos. Saludos.)*

*(Cuando ya se han encendido las luces y todos se levantan, vuelve a salir la abuelita.)*

ABUELITA.—¡Eh! ¡Eeehhhheeehh!  
Pero, pero... ¿adónde vais? ¿Y a mí..., y a mí quién me va a comer entonces, eh? *(Sale corriendo.)*



Fin

El autor:	5
Carles Cano	7
Dedicatoria <i>Para ti...</i>	
¡Te pillé, Caperucita!	
Prólogo	11
Acto único:	
Escena I	14
Anuncio 1: «Blanconieve»	23
Escena II	29
Anuncio 2: «Cirugía estética»	40
Escena III	46
Anuncio 3: «Centillenta»	56
Escena IV	60
Anuncio 4: «El vampiro»	72
Escena V	77
Epílogo	89
Taller de lectura	95